

# Editorial

## *Guardemos una esperanza*

**Forma de citar este artículo en APA:**

Viveros Chavarría, E. F. (2019). Guardemos una esperanza [Editorial]. *Poiésis*, (37), 10-13. DOI: 10.21501/16920945.3348

Edison Francisco Viveros Chavarría\*

Cuando pienso en el lugar de los profesionales en Ciencias Sociales y Humanas de nuestra sociedad que trabajan en procesos de intervención psicosocial, no dejo de sentir dos cosas. La primera, es una sensación de pérdida de rumbo, y la segunda, una alegría motivada por la esperanza. En la primera, sobre todo me pasa, cuando soy observador de la actitud superficial de algunos profesionales ya cazados por el afán de la gestión de sí mismos —como bien nos lo muestra ese buen trabajo del profesor Mauricio Bedoya Hernández (2018)—, de obtener títulos universitarios, de ser exitosos y de construirse para sí mismos —paradójicamente— una posición servil, atontada y enajenada de su labor profesional. De este tipo de profesionales no se puede esperar casi ningún examen crítico ni dirigido hacia ellos mismos y mucho menos hacia las realidades sociales, económicas, políticas y emocionales. Están preocupados sólo de sí mismos. Parece que estos profesionales, mientras más títulos obtienen, más cierran su capacidad deliberativa en el sentido de que ya no transforman nada, se van estancando y van entrando en una especie de cansancio mental y de hastío por los otros. A esto le sumo a aquellos seres humanos enardecidos por ocupar pequeños lugares de poder que con frecuencia son usados para obstaculizar iniciativas de los demás y llevar a cabo prácticas y discursos intimidatorios. Pero el contraste, el de la alegría, me muestra otra versión. Seres humanos tratando de pensar por sí mismos y pensar desde el lugar de los otros. A estos profesionales les he atestiguado sus luchas, sus maravillosas incoherencias y ambigüedades que cuando son llevadas a un campo deliberativo hacen emerger actitudes de apoyo, de solidaridad, de acogida y hospitalidad. Éstos saben que la actitud más sensata es la de incluir a los demás, aunque sea incomodo, aunque esto genere algún tipo de conflictividad entre las personas.

\* Docente del programa de Desarrollo Familiar, Universidad Católica Luis Amigó, Medellín-Colombia. Contacto: edison.viverosch@amigo.edu.co

En ese contexto creo que hay dos tipos de profesionales que hacen y piensan las intervenciones psicosociales. Los primeros no tienen muchos intereses ni esfuerzos por contribuir a procesos de transformación social, sino que están en una zona de comodidad pensando en serle útiles a un sistema económico-político explotador al que poco o nada le importa la vida humana en su sentido de agencia de mejores condiciones vitales; les interesa participar en ciclos de lucro e instrumentalización. Lucro e instrumentalización que tiene que ver no sólo con un pequeño ingreso de plusvalor, sino también en agrandar su vanidad, su pequeño pedestal de poder. Ahora, los segundos se inquietan por tratar de insistir en que los procesos de intervención psicosocial de verdad se inclinen decididamente a generar formas de cambio desde las mismas comunidades, desde la misma gente que padece los rigores de la injusticia y la exclusión. Estos profesionales no permitirían su participación en ninguna situación que implique maltratar, violar derechos de los otros o intimidar a alguien, sino que se comprometen con que su vida misma sea un testimonio de sus convicciones y se oponen a lo tráfuga que puede ser el sujeto que se ubica en la primera actitud. Por eso me parecen tan importantes estas palabras del profesor Juan David Villa (2012) sobre la inadecuada y abusiva forma en que se usa la noción de lo "Psicosocial". Dice él

quiero partir de un contexto en el que lo psicosocial parece haberse puesto de moda en el país, para intentar preguntarme y preguntarle al lector sobre la razón de esta coyuntura y en especial por las comprensiones que tenemos de lo psicosocial, puesto que empiezo a sospechar que con esta palabra puede decirse todo y nada, y a la hora de concretar los referentes, éstos no son claros, y casi que cualquier intervención comunitaria, y a veces, ni siquiera comunitaria, terapéutica y hasta psiquiátrica, siempre y cuando se haga con un grupo social, que generalmente es vulnerable, es calificada con ese término (p. 350).

En esta misma línea, a mí me gusta pensar en varios autores que me han inspirado y me han despertado del dulce sueño de la vanidad, de la mirada en mi propio espejo y de la creencia de tener siempre la razón para tratar de hacerme verdugo de mí mismo y oponerme a mis propias formas de pensar que me insisten en que puedo tener tercamente la razón. Uno de ellos es Gadamer (2005) cuando dice que el otro también puede tener la razón y que para dialogar es necesario ubicarse en un lugar de disposición, porque en el diálogo uno puede ampliar su horizonte de comprensión. Creo que es más interesante dialogar con aquellos con quienes hemos tenido dificultades de convivencia o con quienes el peso de la diferencia nos ha hecho alejarnos radicalmente. Me parece que esa actitud es mejor que la de mantenerse en la distancia y evitaría muchos conflictos en nuestras vidas cotidianas. Pero ese ideal es el resultado de tramitar la azarosa vida subjetiva propia. Otro de los autores es Marx (1975), porque él nos muestra que

la historia de las sociedades que ha existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes (pp. 32-33).

Esta cita, si se la asume con atención, confronta la forma en que vemos nuestras realidades, y, sobre todo, cómo participamos de nuestra sociedad como profesionales de las Ciencias Sociales y Humanas. De fondo nuestras acciones participan de esta tensión de clase y a la vez contribuimos a un sistema de producción en el que las intervenciones psicosociales también son una mercancía. Dice Marx (2001) en otro texto que

la riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un 'inmenso arsenal de mercancías y la mercancía como su forma elemental (...) la mercancía es, en primer término, un objeto externo, una cosa apta para satisfacer necesidades humanas, de cualquier clase que ellas sean (p. 3).

Estas palabras se unen a las de las clases sociales para continuar encendiéndonos otras luces. Hacemos parte de la producción de un arsenal de mercancías que ahora toman el nombre de intervenciones psicosociales. Estas son un conjunto de coordinaciones, de acciones que pretenden disminuir o acabar con problemas sociales que a primera vista es algo muy plausible, pero que está tan desdibujado que la mayoría de las veces se traduce en la construcción de indicadores para informes estatales o institucionales. Hoy día impera la mercancía del indicador. Predomina un discurso que nos hace creer que mientras más tareas inútiles, más actas, más documentos vacíos y mal redactados y más números de registros que muestren "intervenciones psicosociales", de ese modo esto tendrá el efecto de dejarnos la sensación de ser mejores profesionales. Hasta allá ha llegado el engaño.

Me parece que Foucault (2004; 2017) es otro autor que nos ayuda a despertar de ese letargo. Nociones como la parrhesía y la actitud cínica de los antiguos greco-romanos nos ofrecen otras formas más sensatas de asumirnos desde el riesgo que implica el coraje de decir la verdad, aunque eso nos ponga en riesgo. La contracara de esto es la sinceridad y la honestidad tanto en la vida intelectual como en la vida familiar, amistosa, amorosa y social. Creo que son necesarias hoy día para nosotros la parrhesía como decir veraz y la actitud cínica como aquella que le resta importancia al poder, para ubicarlo en su justo lugar: el de permitir que las cosas necesarias y pertinentes ocurran en beneficio de toda una comunidad y que se extienda a formas de gobierno de sí y de los otros. Guardo la esperanza de que los profesionales de las Ciencias Sociales y Humanas podamos hacer ciertas resistencias para volver a la ciudad, a las comunidades, a las periferias, a las instituciones educativas, entre otros escenarios, con una actitud renovada en la deliberación de la transformación social que nos ofrezca mejores condiciones de vida, más justas, más equitativas, más críticas del orden establecido tan excluyente e instrumental.

# Referencias

- Bedoya, M. (2018). *La gestión de sí mismo. Ética y subjetivación en el neoliberalismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Foucault, M. (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2017). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, H. (2005). *Verdad y Método (Tomo I)*. España: Editorial Sígueme.
- Marx, C., y Engels, F. (1975). *Manifiesto del partido comunista*. China: Ediciones en lenguas extranjeras Pekin.
- Marx, C. (2001). *El capital. Crítica de la economía política (Tomo I)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villa, J. D. (2102). La acción y el enfoque psicosocial de la intervención en contextos sociales: ¿podemos pasar de la moda a la precisión teórica, epistemológica y metodológica? *El Ágora USB*, 12(2) 349-365. doi: <https://doi.org/10.21500/16578031.208>